

JESUCRISTO, PRÍNCIPE DE LA PAZ

Introducción

Muchos son los títulos con que la Escritura Santa designa a Jesucristo: Emmanuel, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Rey de Justicia, Siervo divino, Brazo de Yahvé, Salvador poderoso, Cristo, Profeta, Jesús, Hijo de Dios Altísimo, Hijo de Dios, Maestro, El Señor, Hijo de David, Rey de los judíos, El Verbo, Salvador, Sumo sacerdote, Autor y Consumador de la fe. Todos son preciosos y juntos tejen un rosario cristológico impresionante. Sin embargo, hay uno que tiene una especial relación con Navidad: es el de Príncipe de la Paz. Se encuentra en el libro del profeta Isaías. El profeta lo presenta así: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, lleva su principado sobre sus hombros, y se llama Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la Paz». Estas palabras de Isaías son una glosa profética de la presentación oficial de Dios en nuestra tierra, cuando los Ángeles y Arcángeles entonaron al Recién Nacido: «Gloria a Dios en el Cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor».

Me gustaría repetir con vosotros estas palabras en la ya inminente Navidad de este año 2017: «En la tierra paz, de parte del Príncipe de la Paz». Hay tres motivos fundamentales para formular este deseo. En primer lugar, porque estamos en el medio siglo de la publicación de una gran encíclica del ya Santo Juan XXIII: la Pacem in terris (Paz en la tierra). En segundo término, porque parece que el horizonte de tantas naciones del mundo está cargado con los nubarrones del terrorismo y de la confrontación. Finalmente, porque la paz sigue siendo el bien fundamental de toda sociedad, el deseo anhelante de todos los hombres de bien y el mandato expreso de Dios.

1. En la perspectiva de la Pacem in terris

Decía, que hemos rebasado ya el medio siglo de la Pacem in terris. Cuando (el 11 de abril de 1963), aquel Jueves Santo, el Papa Bueno hacía pública su gran encíclica, la sociedad estaba convulsionada. Era la época de los sistemas totalitarios y de la persecución contra los cristianos más grande de toda la Historia. Hacía unos años que se había construido el muro de Berlín, el cual no sólo era el símbolo de la división en dos de esa ciudad alemana, sino el signo evidente de dos modos completamente distintos de concebir el orden social y político. Reinaba un clima de angustia, porque existía la amenaza de una guerra nuclear. Era el tiempo de los misiles de Cuba y de la guerra fría, que, en cualquier momento, podía volverse caliente y destruir el habitáculo del hombre.

En medio de este clima de sospecha, desconfianza y enfrentamientos mutuos –y, por ello, el ámbito menos favorable para la paz-, San Juan XXIII lanza al mundo una encíclica con este audaz objetivo: la paz es posible. Es posible, porque el hombre es hijo de Dios y es fundamentalmente bueno, aunque haya sido profundamente dañado por el pecado. Por eso, en el corazón de todo hombre puede nacer o renacer siempre la paz. Esta era la convicción profunda de aquel Papa santo. Pero afirmarlo, suponía un gran acto de fe en el hombre.

Ahora bien, para construir la paz el Papa señala cuatro elementos esenciales: la Verdad, la Justicia, el Amor y la Libertad. Para fortuna nuestra, estos elementos siempre los encontramos en el corazón del hombre y, por eso, siempre poseemos la capacidad de crear y realizar la paz.

2. Verdad y paz

Juan XXIII no acepta que la política esté gobernada únicamente por el interés y que se desarrolle en una especie de campo de nadie, donde no existen principios y actuaciones éticas. La política es una actividad humana; y por tanto, está sometida también al juicio moral, puesto que no existe ninguna actividad humana que caiga fuera del ámbito de los valores éticos.

Desgraciadamente, en las relaciones nacionales e internacionales prevalecen tantas veces los intereses económicos, culturales, sociales y políticos de ciertos grupos o naciones, los cuales prescinden de los planteamientos morales que brotan de la verdad, y tratan de imponer la ley del más fuerte, usando para su provecho lo que tiene un destino universal y pertenece a todos los hombres y sociedades. Que prevalezca el interés del más fuerte perjudica al débil pero destruye también la dignidad y por tanto la grandeza del prepotente.

A veces, no es preciso salir fuera de nuestras fronteras para comprobar esta realidad. Pensemos, por ejemplo, en la historia de nuestro siglo XIX, en el que existe una profunda concatenación de estos tres factores: los continuos enfrentamientos político-sociales, el empobrecimiento económico y el desencanto del progreso que se vivía en Europa. Como contraste, durante el cuarto de siglo pasado vivido en paz y armonía entre todos, hemos sido capaces de realizar grandes avances y ser considerados como un gran país. Deberíamos ser conscientes de estos hechos, para no arruinar los logros alcanzados con el retorno a los caminos de la división y el enfrentamiento sistemático, como amenaza hoy el independentismo en España y en otros países de Europa.

La paz sólo puede construirse con la verdad de planteamientos. Esto comporta aceptar de buen grado que sin unión, solidaridad y aceptación de la dignidad de todos los hombres, regiones y pueblos es imposible construir la paz social y, como fruto de ella, el verdadero progreso.

3. Paz, justicia y perdón

Sin embargo, aun siendo imprescindible, la verdad es insuficiente para construir la paz. Son necesarios también la justicia, el amor y el perdón.

En primer lugar, la justicia. Hace cincuenta años lo recordó el concilio Vaticano II en la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: la paz es «el fruto del orden asignado a la sociedad humana por su divino Fundador y que los hombres, siempre sedientos de una justicia más perfecta, han de llevar a cabo» (GS 78). Quince siglos antes lo había dicho ya el gran san Agustín: «la

paz es la tranquilidad del orden» (*De Civitate Dei* 18, 3). La verdadera paz es, pues, fruto de la justicia; virtud moral y garantía legal que asegura el pleno respeto de los derechos y deberes y la distribución ecuánime de los beneficios y las cargas.

Por eso, violar los derechos elementales y primarios de: la vida, la libertad y, dentro de ella, la libertad religiosa, el trabajo, la educación, el matrimonio y la familia, la sanidad, etc., es una violación moral que socava los fundamentos de la paz. ¿Cómo no advertir que una persona o una sociedad oprimida, explotada o humillada en su dignidad, es una persona y una sociedad que, tarde o temprano, reaccionará de modo violento?

Ahora bien, la justicia humana es siempre frágil e imperfecta y es violada tantas veces por los unos y los otros. En ese supuesto, la tentación es intentar reconstruir la paz con una injusticia mayor, como sería la venganza, el odio y la violencia. Todos tenemos la experiencia –de modo muy particular los que estáis casados- de que no son la venganza ni el odio los que curan las heridas y restablecen las relaciones humanas dañadas. Es preciso el perdón. Ciertamente, el perdón no se contrapone con la justicia, porque no se inhibe ante las legítimas exigencias de reparación del orden violado; pero va más allá de un frágil y temporal cese de hostilidades y busca una profunda sanación de las heridas abiertas. De esto sabéis mucho las madres. Vosotras no tratáis a vuestros hijos apelando a la justicia, sino al amor materno lleno de misericordia y perdón. Evidentemente, exigís que vuestros hijos reconozcan su desamor, pero os falta tiempo para poner amor donde no hay amor, y así los ganáis una y otra vez.

Desde esta perspectiva se comprende la malicia y perversión del terrorismo, que ataca la paz fundada sobre la justicia y el perdón y elige el camino del odio y la violencia. Sobre todo, el terrorismo realizado en nombre de la religión y, en definitiva, de Dios. La verdad religiosa no puede imponerse nunca, menos aún con la violencia terrorista, como sostiene el fundamentalismo fanático. Eso llevaría consigo la violación de la dignidad del ser humano y, en última instancia, ultrajar a Dios, del cual el hombre es su imagen. Por eso, «el fanatismo fundamentalista es una actitud radicalmente contraria a la fe en Dios» (Mensaje de la Paz, 2002, n. 6).

4. Religión y paz

Ahora bien, el rechazo moral y existencial del fundamentalismo religioso no puede generar la falsa idea de que es fundamentalista el que tiene una convicción religiosa profunda y apostólica. Si así fuera, habría que abdicar de toda convicción religiosa y de su recta difusión en la vida social y política y no existiría más salida que el relativismo doctrinal y moral y, en definitiva, el ateísmo. El resultado final no podría ser más desastroso para el hombre. Porque se le arrebataría lo que constituye el fundamento de su más radical grandeza y dignidad: ser imagen de Dios.

Por eso, se puede y se debe ser profundamente religioso tanto en el ámbito interno como en los distintos ámbitos de la vida sociopolítica: la familia, el trabajo, los partidos políticos, el sindicato, la cultura, la economía, la diversión, etc. El hombre, al fin y al cabo, es un ser esencialmente social.

Pero es preciso ir más lejos y afirmar que la religión es promotora de paz y progreso social. En efecto, la paz no depende sólo ni principalmente de las estructuras, sino de las personas. Ciertamente, es preciso crear estructuras justas y rectas. Pero es imprescindible que se realicen tantos y tan innumerables gestos de paz entre los individuos y entre las naciones, que seamos capaces de crear una nueva atmósfera de paz, una cultura de paz, que es mucho más que el mero tolerarse.

Esta cultura de paz encuentra un aliado extraordinario en las religiones; y, en concreto, en la católica. ¿Dónde, en efecto, se puede encontrar un fundamento más profundo y duradero para esa cultura de la paz que en la percepción y aceptación de que todos los hombres somos hermanos? Pero, ¿cómo saberse hermanos si no se admite que hay un Padre de todos? En otras palabras: no existe fraternidad posible entre los hombres si se niega completamente la Paternidad de Dios.

Precisamente, este es el gran anuncio que nos trae la Navidad: Dios se hace hombre en Jesucristo, para revelarnos que todos los hombres tenemos la misma dignidad porque todos hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios y, en el supuesto de adherirse a él por la fe y el bautismo, también verdaderos hijos

suyos y, por tanto, verdaderos hermanos. Navidad es, pues, el anuncio y el comienzo de un reino en el que Jesucristo, Príncipe de la Paz, nos da la clave para vivir en paz: sabernos y sentirnos hijos del mismo Padre y, por eso, verdaderos hermanos. Aunque vivamos en distintos países o regiones, o tengamos diversa situación cultural y social o hablemos lenguas distintas, sin embargo, todos somos de la misma raza: la raza de los hijos de Dios, y vivimos en una misma casa: el mundo creado por el Padre para el provecho y el disfrute de todos sus hijos.

En el centro del Misterio de la Navidad hay un hogar. Dios nos ha entregado al Príncipe de la paz en un hogar, en una Familia: José, María y Jesús. Una Familia entrelazada por el amor. Un amor, verdadero amor de esposos al servicio de la vida. El Príncipe de la paz al que sirven el amor de María y José es don de Dios, destinado a todos los hombres de buena voluntad. Ha sido entregado a los cuidados de María y José y en ellos a todos los esposos que se entregan por amor construyendo en sus hogares ámbitos de paz. Ámbitos de paz y de perdón, porque siendo los humanos limitados y pecadores sólo el perdón puede complementar el don de la paz como nos recuerda el Papa Francisco:

No hay familia perfecta. No tenemos padres perfectos, no somos perfectos, no nos casamos con una persona perfecta ni tenemos hijos perfectos. Tenemos quejas de los demás. Decepcionamos unos a otros. Por eso no hay matrimonio sano ni familia sana sin el ejercicio del perdón. El perdón es vital para nuestra salud emocional y la supervivencia espiritual. Sin perdón la familia se convierte en una arena de conflictos y un reducto de penas. Sin perdón la familia se enferma. El perdón es la asepsia del alma, la limpieza de la mente y la alforria del corazón. Quien no perdona no tiene paz en el alma ni comunión con Dios. La pena es un veneno que intoxica y mata. Guardar el dolor en el corazón es un gesto autodestructivo. Es autofagia. El que no perdona se enferma física, emocional y espiritualmente.

Y por eso la familia necesita ser lugar de vida y no de muerte; el territorio de vida y no de enfermedad; el escenario de perdón y no de culpa. El perdón trae alegría donde la pena produjo tristeza; en la que el dolor causó enfermedad.

Conclusión: sembradores de paz

Antes de terminar este Pregón Navideño, permitidme que me dirija al Príncipe de la Paz y le pida:

- por los padres, para que vivan y den testimonio de paz en sus familias y eduquen a los hijos para la paz;
- por los educadores, para que sepan transmitir los valores auténticos que se encuentran en todas las áreas del saber y en el patrimonio histórico y cultural de la humanidad;
- por los hombres y mujeres del mundo del trabajo, para que se comprometan en la lucha por la dignidad del trabajo ante las nuevas situaciones de la inmigración y la globalización, junto con la incorporación de la mujer al mundo laboral;
- por los gobernantes, para que no pierdan nunca de vista que el objetivo de su acción política es la paz y la justicia;
- por todos los que están en primera línea en los Organismos Internacionales, para que no desfallezcan ante la escasez de medios y el riesgo de su propia integridad personal y sigan trabajando por la paz;
- por los miembros de las Organizaciones No Gubernamentales, para que sigan dedicando su estudio y su acción a prevenir y resolver los conflictos en las más variadas situaciones y partes del mundo;
- por todos nosotros que creemos en él, para que depongamos todo sentimiento de venganza, rivalidad, malquerencia, enfrentamiento verbal o fáctico y seamos sembradores de paz y alegría en nuestras familias, entre nuestros colegas y en el ancho mundo de las relaciones sociales;
- por todos los españoles, para que ¡nunca más! nos enfrentemos los unos contra los otros y sigamos siempre el camino de la solidaridad, la comprensión y de la convivencia.

¡Pacífica, Feliz y Santa Navidad! para vosotros y todos los vuestros, especialmente para los que estén enfermos, lejos del hogar o pasando un mal momento en su matrimonio. Con la bendición de la Reina de la Paz.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **Francisco Gil Hellín**,
Arzobispo emérito de la Diócesis de Burgos.